

EL OVEJERO Y EL BANDIDO. TRAYECTORIAS, CRUCES Y  
GENOCIDIO EN DOS RELATOS DE VIAJE BRITÁNICOS EN  
TIERRA DEL FUEGO (DÉCADA DE 1890)<sup>1</sup>

*THE SHEPHERD AND THE OUTLAW. TRAJECTORIES, CROSSINGS  
AND GENOCIDE IN TWO BRITISH TRAVELOGUES IN TIERRA DEL  
FUEGO (DECADE OF 1890)*

Alberto Harambour R.  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
albertoharambour@gmail.com

RESUMEN

Tierra del Fuego fue ocupada por ovejas y vaciada de su población originaria en poco más de una década, a partir de 1885. Esta colonización ovina fue posible gracias a la fuerza expansiva del capital británico, que se desplegó con trabajadores y animales procedentes de las islas Falkland/Malvinas. Fuera de las fuentes oficiales y empresariales, existen escasos y fragmentarios testimonios de quienes participaron de la instalación de las primeras estancias. En este artículo estudiamos las trayectorias y experiencias de dos británicos que dejaron registro de su estadía en la isla en este período: William Blain, un ovejero escocés cuyas memorias permanecieran inéditas hasta fecha reciente, y James Radburne, cuyo relato fue recogido en 1932. Analizando ambas narrativas, sus cruces y posiciones respecto del genocidio selknam, se discuten las posibilidades historiográficas que abren estos relatos de viajes y se propone comprenderlos de manera contingente, complementaria, como zonas de contacto y exclusión.

PALABRAS CLAVE: Colonialismo, frontera, racismo, literatura de viajes, Patagonia.

---

<sup>1</sup> Este artículo es un resultado del proyecto Fondecyt Iniciación 11121441, “Colonización y nomadismo en la formación de la experiencia popular en Patagonia Austral (Argentina y Chile, 1843-1923)”. Agradezco a Mario Azara y a Stefanie Torrejón el trabajo como ayudantes de investigación; a mi tía Neli, El Jimmy, que me regaló hace muchos años; a Valentina Espinoza, la inspiración.

## ABSTRACT

In little over a decade, beginning in 1885, Tierra del Fuego was occupied by sheep, sweeping out its native population. Sheep colonization was possible because of the expansive strength of British capital, deployed through animals and workers coming from the Falkland Islands/Malvinas. Beyond entrepreneurial and administrative sources, there are very few and fragmented testimonies of those who took part in the building of the first ranches (stations). This article studies the trajectories and experiences of two British men who wrote about their stay on the island during this period: William Blain, a Scottish shepherd, whose memories remained unedited until recently, and James Radburne, whose testimony was recorded in 1932. By analyzing both narratives, their crossings and dealings with the Selknam genocide, I will discuss the historiographic possibilities these travelogues open, and propose to understand them in a contingent, complementary manner as zones of exclusion and contact.

Key Words: *Colonialism, Frontier, Racism, Travel literature, Patagonia.*

*Recibido: 10 de julio 2015*

*Aceptado: 14 de octubre de 2015*

## INTRODUCCIÓN

Desde que William Blain salió de Escocia para embarcarse a Malvinas y su desembarco en Tierra del Fuego, pasaron 13 años. Como desde niño en su natal Dalry, en las Tierras Bajas, fue ovejero en el archipiélago del Atlántico sur. Desempeñó oficios varios en la boca oriental del Estrecho de Magallanes, sobre el límite internacional, levantando la primera estancia de la zona: Monte Dinero. Cuando cruzó las aguas hasta la bahía Springhill, en marzo de 1891, era el subadministrador a cargo de instalar un nuevo establecimiento en territorio Selknam —donde debía enfrentar la resistencia a la colonización. Lo hizo durante siete años, con una breve interrupción, hasta que embarcó de regreso a Dalry. Con los ahorros compró una buena casa en el centro del pueblo y se casó con una mujer escocesa, con la que tuvieron un hijo. Falleció en 1924 (Harambour *Viaje a las colonias*). 500 kilómetros al sur, cerca de Londres, en Berkshire, nació James Radburne en marzo de 1874. Con 18 años zarpó directo hacia Springhill, donde trabajó entre diciembre de 1892 y marzo de 1894: probablemente el período más duro del exterminio selknam. Cruzó a la Patagonia, se hizo nombre y gaucho en estancias de ingleses y tuvo problemas con “el viejo juez coimero” de Magallanes. Fue recluido y escapó a la pampa, se hizo un poco tehuelche y amigo del último cacique, Mulato. Con su esposa “patagona” formó una pequeña estancia sobre la cordillera, a orillas del lago San Martín (O’Higgins, en

su parte chilena). Allí tuvieron 8 o 9 hijos, y allí murió, probablemente en la década de 1940 (Childs)<sup>2</sup>.

De las fronteras que cruzaron, de distinta naturaleza, Blain y Radburne dejaron registro escrito. De mano propia o ajena, en el tiempo allí o en los tiempos después: el escocés llevó un diario entre 1885 y 1887, en la costa norte del Estrecho, y de regreso en Dalry puso por escrito memorias de sus estadias en Malvinas, Patagonia y Tierra del Fuego. Radburne, en cambio, le contó sus historias a una pareja de periodistas estadounidenses, a comienzos de la década de 1930. En 1936 apareció el libro con sus relatos, una biografía, escrita por Herbert Childs, que fue traducida al castellano solo en 1997. Salvo uno de estos libros, las memorias de Blain permanecieron inéditas<sup>3</sup>. Uno y otro parte de la expansión de las fronteras imperiales y nacionales, el ovejero y el bandido entregan versiones coincidentes y tensionadas de las experiencias de viaje. Se cruzan en Tierra del Fuego, yendo en direcciones opuestas, y sus textos presentan la posibilidad de acceder a través de sus voces al genocidio que presencian. Este artículo aborda comparadamente sus biografías, analizando las trayectorias que los hicieron encontrarse a más de 13.000 kilómetros de casa y separarse luego la misma distancia; asimismo, se discuten algunas de las posibilidades y limitaciones que los distintos formatos y contextos de producción de sus narraciones experienciales presentan para el trabajo historiográfico. A partir de ello, indagamos en la cuestión de la veracidad testimonial respecto del exterminio Selknam, contrastando sus narraciones con otras fuentes del tiempo/período compartido en la isla Grande de Tierra del Fuego.

#### RAZONES Y TRAYECTORIAS MIGRANTES

“Para venir a estas tierras se necesita un pasado que olvidar”, asegura Seferino a mediados de la década de 1910 (Díaz 133); Jimmy Radburne cuenta que le preguntaban, al desembarcar veinte años antes: “¿Por qué viniste? ¿Fue por una chica o por

---

<sup>2</sup> Existen, hasta donde sabemos, tres ediciones del libro de Childs. La primera, de 1926, en inglés; la segunda, de 1997, traducida por Edmundo Pisano, fue publicada por la Universidad de Magallanes; la tercera, de 2000, con traducción de Arnoldo Canclini. Aquí he trabajado con la edición original, teniendo a la vista la segunda. Las referencias a números de página corresponden a esta última, de más fácil acceso.

<sup>3</sup> El libro con las memorias y diarios de Blain, traducidos y comentados por el autor de este artículo, se encuentra en evaluación para su publicación por el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Los números de página referidos aquí corresponden a ese manuscrito, salvo en el caso del “Diario de vida de un Ovejero”, traducción comentada por Mateo Martinic de su publicación en inglés por Arnold Morrison. Aunque retradujimos el original, aquí se anotan como referencia las páginas de ese artículo, por estar ya publicado.

robar caza?”. Y agrega Herbert Childs, su biógrafo: “Si un hombre estaba huyendo de la ley, la desgracia o lo que fuera, las pampas, montañas y bosques de la Patagonia estaban listos para refugiar a cualquiera” (40). En el caso de El Jimmy, nacido en 1874 en Berkshire, la idea que se repite en la literatura de viajes a Patagonia es efectiva. En su caso se trataba de una mujer, como para Seferino. Cuarto de doce hermanos, para su padre —un campesino boxeador— era “difícil alimentar esas numerosas bocas hambrientas”. A los 13 años dejó la escuela y comenzó a trabajar en los frutales, y a los 15 ayudaba a su padre, “guardián de caza”, en el campo de “unos caballeros de Londres” (33). Allí se hizo guardaovejas y ladrón de conejos. El derecho a caza era privilegio de propietarios. Pronto murió su padre y tuvo “un lío con una niña”. Pudo ser una acusación de violación, sexo entre menores, una relación sin promesa de matrimonio: fue un escándalo, una afrenta para su madre. “Para acallar el asunto y en parte por la misma aventura, buscó un camino de salida”, dice Childs. Que el “granjero Waldron” lo contrató para irse por tres años al otro lado del mundo. Fue un viaje rápido: en un mes llegó a Tierra del Fuego.

Sin un pasado que dejar atrás, a Bill Blain el viaje le tomó tres meses hasta Malvinas. Como *el Jimmy*, era un hijo de campesinos sin tierra que dejó la escuela a los 13. Fue ovejero al servicio de caballeros y se decidió a partir pensando en acumular algo. No tenía otra perspectiva que vivir con techo y comida hasta que llegara la vejez y el hambre y consiguió un contrato por cinco años. Las historias que llegaban hasta Escocia hablaban de ovejeros que hacían una pequeña fortuna trabajando en las colonias. Millones de jóvenes y no tanto se embarcaban hacia destinos múltiples en los que la civilización, el Imperio, combatía a la barbarie. El horizonte de posibilidad reducido por los cierres en el campo británico lo ampliaban las ovejas que avanzaban sobre territorio maorí, australiano, argentino, peruano. El imaginario dominante incluía tribus caníbales, situadas en las etapas más miserables del desarrollo lineal de la humanidad. Los amigos de Blain hablaban de “naufragios y gente desembarcada entre salvajes, de las torturas y dificultades” de vivir en tierras feroces. Para la madre de Radburne, Tierra del Fuego era el fin del mundo; a él “le parecía la Tierra Prometida. Un país de frontera, salvaje, escasamente conocido, donde la vida era nueva y dura, donde vagaban los indios y abundaba la caza” (34). “Había oído decir cómo vagaban por las montañas y los bosques indios salvajes, saliendo a lo abierto solamente para masacrar a los blancos”; una vez embarcado, “muchas fueron las historias que le contaron los marineros sobre el salvajismo y el peligro de todo el territorio” (40).

En Malvinas no existían salvajes ni animales terrestres originarios: sólo inmigrantes, la inmensa mayoría escoceses, y ganado. El modelo de ocupación fue el gran latifundio, con la Falkland Islands Company como mayor propietaria y monopolista en transportes y comercio. Las islas eran un enclave productivo de lanas para las textiles inglesas, con algún contacto con Sudáfrica y la recalada esporádica de cazadores de ballenas, focas y lobos en los mares del sur. Hacia 1878 todo era británico. El capital,

las ovejas y los ovejeros, la comida y la bebida. En Navidad habrá whisky escocés en las reuniones de escoceses y cantos en gaélico e inglés. Las tierras, saturadas de ovejas, encontrarán salida para los excedentes hacia esa misma fecha. Los gobernadores de Magallanes y Santa Cruz, territorios de colonización en el sur del continente que Chile y Argentina se reparten, iniciaron para entonces visitas a Puerto Stanley para comprar animales, ofrecer tierras y captar colonos. Hasta las costas patagónicas hay más de 700 kilómetros de océano, pero el territorio parece ilimitado y es gratuito, o casi. La Colonia de Punta Arenas dejaría de ser un poblado miserable para convertirse en el puerto principal al sur de Bahía Blanca y Valdivia (Harambour, *Borderland sovereignties* 54 65, 75, 89).

Blain fue parte de esa “invasión malvinera”, como la denominó en su memoria Moritz Braun (78-79). Se movió al continente junto a ovejas, capitales, trabajadores, perros, materiales de construcción y propietarios británicos. Es un traslado colonial: materiales y culturas de trabajo se instalan en una locación ‘vacía’. El horizonte de inversiones se expande. La posibilidad de acceder a tierras se abre. Blain asciende en las jerarquías coloniales y a ese mundo se reducen sus relaciones. Seguirá hablando inglés y gaélico, seguirá teniendo, exclusivamente, patrones británicos. Entrará en contacto ocasional con tehuelches y chilenos en su destino de Punta Dungeness, en la boca oriental del Estrecho. Ayuda a levantar The Monte Dinero Sheep Farming Station, sobre la delimitación fronteriza recién definida, y los animales pastan “en Argentina” y “en Chile”. Los Estados no tienen presencia. Es 1881, o 1883. Realiza anotaciones diarias de sus actividades. Registra los problemas con ovejas que se pierden, los trabajos y el clima, el aburrimiento, una constante, y los nombres de quienes cruzan ese espacio de tránsito. Entre ellos, el de Samuel Hyslop. Solo en su diario de 1885 a 1887: desaparecerá de sus memorias del mismo lugar y no figura en las de Tierra del Fuego, donde Sam adquirirá cierta fama. Todas las empresas británicas tuvieron éxito, y Blain asciende: ahorra dinero, compra y vende animales, consigue un mejor trabajo: será subadministrador de The Tierra del Fuego Sheep Farming Company, de Waldron & Wood, junto al rico José Nogueira —quien gestiona una concesión de 180.000 hectáreas en la isla Grande, frente a Monte Dinero. Nuevamente, todo es trasladado desde Inglaterra, Malvinas y Dungeness hasta bahía Springhill, en buques de la compañía: ahí va Blain, con sus 40 años, bajo las órdenes de Montgomery y Ernest Wales, galeses. Era 1891 (Harambour, *Viaje a las colonias*).

El viaje de Radburne no tuvo mediaciones. Tenía 18 años y un contrato como ovejero, de Waldron también, por tres: hay una lejana puerta de salida para los problemas en Berkshire, sin escalas en Malvinas ni en Patagonia. Embarca en Londres, desembarca en Punta Arenas y en menos de una semana lo hace en Springhill. Su jefe sería también Mont Wales, y William Blain, suponemos, aunque no menciona su nombre. Era diciembre de 1892 y cuatro décadas después se recordaba ansioso. Que vio una carpa de mineros en la playa y una silueta, de pie. Cuando el barco pasó cerca

“vieron que era una india —una india desnuda— y que estaba atada a una estaca con un lazo”. Un marinero le dijo que no tuviera pena. Que los indios y las indias siempre iban desnudas. Que recibía comida sin trabajar. “Tú también te estarás sirviendo a una de esas pobres indias antes de dejar la isla”<sup>4</sup>. Radburne aprenderá a montar, a recorrer los campos, a cazar: pero “las cacerías de indios no eran tan románticas como se las había imaginado, ni podía admirar el sistema que estaba liberando a la isla de los nativos, pero era parte del trabajo y, al mismo tiempo, más excitante que nada que hubiera hecho antes”. Así escribe Childs que escuchó de *El Jimmy* (49).

#### DIARIO, MEMORIA, BIOGRAFÍA: LOS RELATOS DE VIAJE COMO ‘FUENTES’

[...] que usted verá que la mía no fue una educación universitaria, [y] por la misma razón prefiero mil veces contar esta historia en vez de escribirla, ya que nunca he sido un amante de la pluma y durante seis años de mi azarosa vida ni escribí una palabra ni leí una.

James Radburne, 1932.

El objetivo de este texto es mi experiencia de cómo viajé por la vida; pero he tenido que depender completamente en mi memoria —así que entre una mala memoria y la falta de gramática me temo que fallaré en ser entretenido o instructivo. Pero cuando ustedes hayan oído mi historia, tal vez alguno de ustedes podrá compartir conmigo un poco de su simpatía.

William Blain, c.1900.

Entre el inicio del verano de 1892 y el del otoño de 1894 Radburne y Blain coincidieron en Springhill. En 1932, el primero escribió al viajero geógrafo Robert Barrett con una invitación para que lo visitara en el lago San Martín y redactara su historia de vida, como antes había hecho con un viejo conocido suyo, del que Barrett publicó *A Yankee in Patagonia. Ned Chace* (1931). Sin intenciones de repetir su viaje de 1926 y 1927, en el que conoció a Marjorie Childs, el escritor le envió esa misma carta a ella y su esposo, que preparaban su luna de miel en plena crisis económica. *El Jimmy* la firmaba como “Santiago Radboone”: había adoptado tempranamente ese nombre y no recordaba cómo se escribía su apellido. Cuando luego de un inmediato

---

<sup>4</sup> “Squaw” es el término utilizado: un nombre similar al de “mujer india”.

viaje en barco hasta Argentina y a caballo desde el Atlántico hasta la cordillera se encontraron, Jimmy le dirá al hombre: “Le contaré todo y usted podrá poner lo que quiera”. Childs dirá que “se veía preocupado” y que “se sentó en un cuero de oveja [...] y mientras tomaba mate nos contó sobre la Isla de hace cuarenta años atrás” (45, 32). Blain, en cambio, escribió su memoria de la Tierra del Fuego en su casa de Dalry, para ir a leerla a la Sociedad de Socorros Mutuos, alrededor del año 1900.

Como en los libros de viaje de George Musters (1870) y Florence Dixie (1880), que tuvieron amplia difusión en su época y han sido objeto de múltiples análisis literarios (cf. Nouzeilles; Penalosa, “Appropriating”; y, Mackintosh), en las narraciones de Radburne y Blain “narrador biográfico y autor coinciden” en un sujeto “habilitado, estructuralmente, para constituirse en testigo de lo que recuerda” y constituye “el discurso de la memoria, en un testimonio” (Montes 14). A diferencia del explorador británico que realiza el primer cruce ‘blanco’ registrado de la estepa austral y de la turista noble que sigue sus huellas, la intención principal de estas memorias no es la de situarse en una posición de aventura ni la de informar a los lectores imperiales de la ampliación del mundo conocido. La naturaleza imperialista de la narrativa de viaje (la acumulación de saber metropolitano) desaparece en Radburne, que se convierte en mestizo, y aparece como telón de fondo o sentido común en Blain, aunque retorna a su patria. Antes que el *dar cuenta* de lo descubierto o conocido en el fin del mundo para el saber metropolitano, ambos se construyen a sí mismos como personajes principales. Son el eje de la narración. Como en muchas memorias, diarios y biografías, lo observado está subordinado al observador.

Las posiciones de enunciación, sin embargo, son radicalmente distintas. No son testimonios equivalentes de “la vida de la peonada rural” lo que expresan el ovejero y el bandido. Si “permiten hacer luz sobre la vida campesina de antaño, la de los peones”, como ha planteado Martinic (199), ello es de manera indirecta, como sucede con otras, con todas las fuentes<sup>5</sup>. Ni uno ni otro es un peón o un campesino: ambos son, antes que nada, británicos. Viajan a espacios coloniales con contratos a plazo fijo y en libras con inversionistas londinenses. La posesión colonial atlántica se reprodujo en las nuevas locaciones de la industria ovina en que el capital excedente malvinero se radicó. Malvinas es parte del Imperio; Patagonia y Tierra del Fuego son parte del “imperio informal”, aunque más formalmente que los frigoríficos o los trenes en torno a Buenos Aires o el salitre anexionado por Chile: tiene una posición monopólica y estructura sus propias relaciones sociales, *independientes* de la soberanía territorial que

---

<sup>5</sup> En “Capturar el viento” he argumentado que es la combinación y cruce de fuentes lo que permite acceder a las trayectorias y experiencias de hombres y, en menor medida, mujeres de a pie y de a caballo. De todas las fuentes, los registros policiales y judiciales son los determinantes, y no fueron trabajados sino hasta hace poco por la historiografía sobre Patagonia.

se dividen Argentina y Chile. Ser británico allí significa estar al tope de la jerarquía etnoracial, hablando el mismo idioma que los administradores y los dueños. Es un núcleo endogámico en cuanto a empleos, finanzas y matrimonios, característico del colonialismo de asentamiento (“settler colonialism”)<sup>6</sup>. Los chilenos son tan extranjeros a ese mundo como los argentinos o los españoles.

Ello aparece además demográficamente: en 1895 sólo uno de cada cinco extranjeros en Magallanes era “inglés” (británico), un 7% del total de personas (Navarro 22-23). Una década más tarde, para cuando se identifican los orígenes de una población total de diez mil personas, se contaban 153 ovejeros británicos frente a sólo 59 chilenos. Entre los campañistas o peones rurales las cifras se invierten: 15 británicos frente a 104 chilenos; entre los campesinos o peones, 139 chilenos y 2 británicos; entre los peones urbanos, más numerosos, el 62% era chileno, el 23% “austro-húngaro”<sup>7</sup>, y menos del 3% británico (22, 60, 76). Es decir, y dada la segregación en el empleo, ni Blain ni Radburne pueden ser considerados como representativos de la experiencia peonal, campesina o popular —donde predominan los inmigrantes chilenos y argentinos, mayoritariamente chilotes, no empleados de estancia, sino gañanes (27). Blain y Radburne tienen orígenes y trayectorias muy distintas a los de la “gente anónima, sencilla y rústica” (Martinic 199). Ello es lo que los hace coincidir en Springhill. Lo que escuchan sobre el Atlántico sur, las imágenes sobre Nueva Zelanda y Tierra del Fuego, que expresan los amigos de uno y la madre del otro, son equivalentes; las condiciones de contrato y de viaje, más o menos las mismas. Los tópicos característicos de la literatura británica de viajes a Patagonia se repiten, sin mayor novedad. El rol que iban a jugar a comienzos de la década de 1890 ya es, sin embargo, distinto. Un subadministrador experimentado y un joven trabajador no calificado eran partes de un mismo sistema de colonización, aun cuando ambos hubiesen tenido que cambiar escuela por trabajo a los 13 años. Cuando sus trayectorias se encontraron, comenzaron a hacerse divergentes. En ellas, los sujetos iban a redefinirse, posicionándose desde lugares de enunciación distantes, geográficamente, y en términos de identidad, o culturalmente.

---

<sup>6</sup> La bibliografía al respecto es muy amplia como para referirla aquí. Un texto reciente de Hixson sobre el caso estadounidense, que presenta similitudes con el de Tierra del Fuego, diferencia el colonialismo de asentamiento del colonialismo propiamente tal señalando que “los asentados no llegaron a explotar a la población indígena por ganancias económicas, sino a removerlos” (203). Trabajos fundamentales son los de Veracini, Elkind y Petersen y Adhikari.

<sup>7</sup> Esta denominación incluía a sujetos de diversos pueblos balcánicos sometidos al Imperio Austro-Húngaro; croatas y montenegrinos, en su mayoría.

## LA HISTORIA DE LA VIDA PROPIA EN LA MUERTE AJENA

En la memoria de Blain en Punta Dungeness, Patagonia, los tehuelches aparecen como sujetos confiables, aunque primitivos. Tiene contacto con ellos, conversa en “inglés indio”, pide y le hacen buenos favores (Harambour, “Monopolizar” 51-54). En su texto sobre Tierra del Fuego, en cambio, aparece inmediatamente el espectro amenazante de “los indios”. De ellos le hablan los mineros que encuentra a poco de desembarcar, un *chilino* al que envía a recorrer, solo, los campos, y de ellos se tratan las ovejas que debe buscar y los alambrados cortados en muchas partes, que debe reponer. Por ellos explica sobre sus tareas:

Mr. Wales me había dado órdenes estrictas de no permitir a ninguno de los hombres maltratar a los indios. Si era posible, ellos debían ser tratados con amabilidad. Por un tiempo llevé a cabo estas órdenes al pie de la letra. Al ir a su campamento, los hombres estaban siempre ausentes, las mujeres indias solo se reían en nuestras caras, [y] entre más cerca acampaban más seguido la cerca era cortada [...] los hombres en River Side tenían que encerrar sus caballos, y mantenerlos vigilados durante la noche, de lo que yo había oído, y tanto como pude observar debían emplearse otros medios. Fue con renuencia que adopté medidas más estrictas. Mr. Wales me había enviado dos hombres cuyos apodos eran The Devil y Buffalo Bill [...] los monté en buenos caballos, bien armados, con provisiones para tres días, enviándolos a despejar los alrededores del campamento de hombres, mujeres y niños pero sin derramar sangre humana. Excepto en defensa propia. Los perros de los indios, tanto salvajes como domesticados, eran bastante numerosos. Éstos debían ser destruidos sin reserva. Al final del tercer día los dos hombres regresaron para informarme que habían cumplido mis órdenes, y que dispararle a los perros indios había tenido el efecto deseado de limpiar de indios (204-205).

Los trabajadores, cuenta Blain, vivían en carpas, cada uno con rifle y municiones. En sus tiempos libres mataban “perros salvajes” y hacían prácticas de tiro contra “gansos salvajes, flamencos y cosas así”. Disparaban más de lo que trabajaban, recordaba (205). Un día llegó “un mensajero de River Side diciendo que los indios habían dado pelea”. Blain organizó una partida de seis hombres, pero no encontraron a nadie. Al regresar, los cercos habían sido cortados nuevamente. Envió una nueva expedición, nuevamente sin resultados. Se perdían ovejas, desaparecían caballos, se enviaban más hombres tras sus huellas. Recién en septiembre uno de esos grupos regresó

[...] con los caballos perdidos y tres niños indios. Su introducción a la civilización fue como sigue: primero, con un par de tijeras para ovejas, su pelo fue recortado tan cerca de la piel como las tijeras podían cortar. Luego, fueron

llevados a los baños de inmersión con cepillos para zapatos y fueron efectivamente refregados en el baño de las ovejas (sin venenos por supuesto). Esto era para matar los parásitos. Luego, fueron terminados con jabón y agua. Con ropas viejas de los hombres fue cubierta su desnudez por primera vez en sus vidas. Ellos estaban muy temerosos del rifle. La consecuencia de huir estaba bien impresa en sus jóvenes mentes (207).

Recuperar animales domésticos, cazar indios y animales salvajes. El trabajo que Blain organiza tiene esa doble dimensión. Los cuerpos de los hombres indios quedan generalmente fuera del relato; las mujeres y los niños figuran como prisioneros de estancieros por crímenes innombrados, presupuestos. Y se convierten los sobrevivientes en objeto del proceso civilizatorio, con cepillos a contrapelo, como en Radburne:

[...] las toscas y feas mujeres [...] [eran] tan sucias que hasta los casos duros las tocaban lo menos posible hasta que las lavaban. Las amarraban fuera de sus carpas, como si fueran caballos, hasta tener tiempo de llevarlas a un río. Allí les cortaban el largo pelo y les daban una buena escobillada con un pequeño cepillo que cada miembro de la cuadrilla llevaba para ese efecto (52).

En ello hay coincidencia, como hay diferencia en el juicio que se emite sobre la responsabilidad de los administradores: “Ningún indio, sin consideración de edad o sexo, escapaba vivo si estaban los jefes”, dirá el Jimmy, agregando que “aun [Sam] Hyslop, que era implacable con los hombres armados, si no estaba el jefe, dejaba escapar a los viejos” (52). El deslinde de responsabilidades que ofrece Blain, sin embargo, comienza a disiparse cuando narra otros encuentros armados cuyo final deja abierto. En noviembre, una partida de caza se topó con un campamento Selknam. pero debió retirarse bajo una lluvia de flechas. Blain salió con otros cinco hombres para asaltar al grupo, pero sin encontrarlo. A su regreso, se enteró de un nuevo ataque: era el turno de otra cuadrilla, encabezada por el propio Mont Wales:

Esa noche dieron con el campamento indio [...] en una colina redonda, que estaba rodeada por un gran pantano. Los caballos no podían cruzar. Pensándose seguros, agitaron sus mantas, como diciendo vengan. Un hombre los rodeó casi hasta el lado opuesto. Esto formó un fuego cruzado y fueron forzados a abandonar sus puestos (208).

“Jimmy a veces era mandado con una partida de cazadores”, dice Childs que le cuenta Radburne, y en ellas Wales destacaba como uno de los temidos “hombres duros”. “Esas cuadrillas estaban compuestas siempre por brutales blancos (mayormente ingleses, decía, para su vergüenza), algunos de los cuales practicaban crueldades casi inimaginables con los nativos” (51). Aquí las memorias se vuelven contradictorias. Blain explica que Wales le había ordenado estrictamente evitar la violencia; que él

mismo había mandado a reprimir a los “ladrones”, pero “sin derramar sangre” (salvo en defensa propia). Los primeros “cazadores” que menciona se apodaban *El Demonio y Búfalo Bill*, sin embargo, y habían sido contratados exclusivamente para “despejar” de indios y “limpiar” de perros. Es decir, en un contexto de enfrentamiento colonial (para los selknam la rendición significaba, en el mejor de los casos, deportación), en la memoria de Blain se produce una exculpación de la cadena de mando. El exterminio es premeditado y necesario pero silenciado<sup>8</sup>. La lealtad al jefe pasado se proyecta hacia el albacea futuro. En Radburne, en cambio, no hay apego a ninguno de los viejos jefes, y denuncia, describiéndolo, a Wales. Además, explica que “Los indios robaban más por venganza”, en “cantidades mucho mayores que las que podían comer, pero nunca trataron de matar a los hombres blancos, salvo en defensa propia” (51). Es decir, el orden que defiende la narración de Blain está invertido: son los blancos los que atacan para instalar sus ovejas; los indios no actúan por codicia, o flojera: atacan a las ovejas, que constituyen la fuerza de ocupación de su tierra<sup>9</sup>.

Desde el punto de vista de 1932, desde la cordillera patagónica, Radburne narra un exterminio colonial. Desde la perspectiva del 1900, desde Escocia, Blain narra la expansión colonial ovina, que enfrenta dificultades. De las 6.500 ovejas iniciales había perdido 4.900 para diciembre. Muchas habían muerto en los desembarcos y los selknam se las llevaban por cientos, si creemos en las pérdidas declaradas: “cuando robaban las ovejas les rompían las patas traseras a cualquiera que no viajara con rapidez”. Por cierto que no pretenden convertirse en ovejeros los selknam: es una estrategia de resistencia que produjo que los administradores vieran peligrar la rentabilidad de la colonización y movió a la instalación de nuevos puestos para vigilantes. “Casi todas las noches [...] venían los indios y apedreaban las tiendas y las latas. Del mes de diciembre a marzo de 1893, cada día del que pude disponer era ocupado en tratar de limpiar el campo de perros salvajes”. En verano, “siempre había dos y a veces tres hombres [...] manteniéndose en contacto con los indios y dejando veneno para perros, zorros; como los perros salvajes disminuían los zorros se volvieron más numerosos”, narra Blain (209).

---

<sup>8</sup> Como han demostrado varios autores para espacios tan diversos como el sur de África, Australia y América, el colonialismo de asentamiento basado en la ganadería de exportación desarrolló una “violencia exterminadora” contra los pueblos cazadores recolectores. En Tierra del Fuego, la soberanía ovina es también genocida: se construye con “la destrucción física intencional de un grupo social en su totalidad” (Adhikari).

<sup>9</sup> La colonización ovina es el avance de la soberanía estatal: particulares extranjeros, con tierras cedidas por los estados y a través de la expansión de los rebaños, transformaron el espacio en territorio. Esta forma y proceso de ocupación efectiva lo he denominado soberanía ovina (Borderland sovereignties). La ocupación del “vacío” es la saturación del espacio por un producto integrado al circuito imperial: en este período, la lana.

El 13 de mayo descubrí que los indios habían tomado una gran cantidad de ovejas. Seguí el rastro hasta bien entrada la tarde, cuando me encontré con el hombre de campo en su camino de regreso con alrededor de 800 ovejas y 11 arcos y flechas. Es un hecho bien conocido que la última cosa que haría un indio es desprenderse de su arco y flechas, pero visto que yo no estaba presente en el enfrentamiento no daría una opinión sobre lo que había sucedido.

La estrategia del silencio de la memoria escrita (sabe que el arco prueba la muerte del arquero) se proyecta en Blain, como cuando agrega que pronto “hubo signos de más ovejas robadas. El 13 de agosto de 1893 dejé Spring Hill teniendo suficiente de Tierra del Fuego”. Sin explicaciones, se embarcó hacia el canal Beagle. Blain articula lo que Mary Louise Pratt denominó como una narrativa de la “anticonquista”, definida como el conjunto de “estrategias de representación por las cuales los sujetos burgueses europeos buscan asegurar su inocencia en el mismo momento en el cual imponen la hegemonía europea” (7). El texto de su memoria propone una masacre distante, lógica en el sentido de inevitable, situada en el marco de la colonización: adonde no alcanza la responsabilidad.

En los canales australes Blain buscó tierras, compró animales y conoció a nómades del mar. Luego probó suerte en Punta Arenas y otra vez en Dungeness. Para agosto de 1895 se le había acabado el dinero y Wales le hizo una oferta que no pudo rechazar. Regresó a Springhill, donde fue “informado que los indios no eran tan problemáticos como en 1893”. Entonces “los indios” se extinguen de la narración. Por un año: ese es el período crítico de una investigación judicial por el exterminio selknam. En diciembre su jefe y varios colegas fueron detenidos, y comparecieron ante el juez («Sumario sobre vejaciones»). Mont Wales fue interrogado con intérprete, pues “no poseía el idioma castellano”, señalando que había trasladado a dieciséis indias y menores a Punta Arenas, tras ser sorprendidos por su hermano “comiendo carne fresca [...] de la hacienda” (29)<sup>10</sup>. Detenido y liberado, fue Ernest el declarado reo por “detención indebida” —y liberado bajo fianza (30-31). Los testigos abundaron en detalles. Se explicó ante el juez los pagos de estancieros como Wales y el neozelandés Cameron, de la Explotadora, por oreja o arco de indio; que enviaban partidas de cazadores y envenenaban animales, cortaban cabezas, y esclavizaban y se repartían a mujeres y asesinaban niños; que capturaban y deportaban al continente o a la estancia, aserradero y Misión salesiana de Dawson. Wales, como Cameron, aseguró que capturaban solo mujeres y menores porque los hombres huían. Y “que es falso que haya permitido a

---

<sup>10</sup> Apenas declaró Wales fue ordenada su prisión preventiva por “detención indebida de indígenas”, junto a tres británicos y un chileno empleados de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, por homicidio. Más adelante, empleados de Wales también fueron detenidos.

sus empleados maltratar y menos ultimar a los indios indefensos o inofensivos”. Sobre la suerte de los defendidos u ofensores guardó silencio (95v, 238v).

Entre los “sirvientes” de Wales se nombró a Sam Hyslop –colega de Blain desde al menos una década– y a “un inglés llamado Bill”. Según un testigo, Hyslop había dicho que

[...] en muchas ocasiones [había tenido] el encargo especial de su patrón de ultimar indios fueguinos donde quiera que los encontrase, ya los sorprendiese robando animales, ya sin robo, o en actitud inofensiva; que para cumplir este encargo se acompañaba de un chileno llamado Segundo Molina y de un inglés llamado Bill, sirvientes ambos de la misma hacienda (79).

El “inglés Bill” fue citado a declarar, pero ni *Buffallo Bill*, ni Bill Downer ni Bill Lively, conocidos de *El Jimmy*, ni Bill Blain, a quien nunca menciona, ni ningún otro Bill, ni William, compareció. Blain fecha el reinicio de la captura de indios en junio de 1896, pasada la conmovición judicial y para deportarlos a isla Dawson<sup>11</sup>. Al sur y al medio del Estrecho, La Misión retomó su papel como campo para los selknams, que el gobernador había puesto en entredicho, detonando el juicio<sup>12</sup>. En adelante, desaparece la violencia armada del relato de Blain. Hay encuentros con presuntos ladrones y capturas, pero la estrategia se transforma: comienzan a entregar a los indios raciones o animales, o se les alberga en la estancia, y se informa de peleas a muerte entre los selknam amigos y los libres. Para noviembre de 1897 informa de una gran redada, “con alrededor de cuarenta prisioneros, incluyendo hombres, mujeres y niños”. Tras dos meses, fueron embarcados a La Misión: “ninguno de ellos intentó escapar”. Era la solución final del problema indio: cuando cerró La Misión, en 1911, sobrevivían cinco hombres, once mujeres y nueve menores. En junio de 1898 Blain se preparó para retornar a Escocia: “Wales embarcó para Valparaíso. La próxima vez que nos

---

<sup>11</sup> Comenta en este pasaje Mateo Martinic: “el enfrentamiento entre los trabajadores de las compañías ganaderas y los sélknam se había agudizado y, como consecuencia, había asumido estado público, con desagradables consecuencias para el prestigio de esas sociedades [...], a las que se acusó de vejámenes crueles y muertes de indígenas [... y] cambió la estrategia de las empresas colonizadoras, morigerándose un tanto la violencia y procurándose la captura de los indígenas para su traslado a la Misión de San Rafael (Puerto Harris, isla Dawson)” (n.47, 213).

<sup>12</sup> El Gobernador Manuel Señoret había autorizado a los estancieros las detenciones y traslados a Punta Arenas; los salesianos disputaron exitosamente, con el juicio, esa prerrogativa, y se mantuvo el acuerdo adoptado entre estancieros y sacerdotes según el cual los primeros se comprometían a pagar “una libra esterlina por indígena y por cabeza ya fuere hombre, mujer o niño” depositado en Dawson. Solo Moritz Braun, de la Explotadora, afirmaba haber alcanzado “a trasladar a unos setecientos onas” (136).

vimos fue unos pocos años después cuando realizó su primera visita a Dalry” (87). El juez no conseguirá ver al reo para comunicarle su absolución definitiva, como la de todos los acusados, cuando cerró el caso tras recoger decenas de declaraciones de testigos, en 1904.

Yo “no cuento que nací en Berkshire, creía que había sido en Cumberland. Si me olvidé, fue a propósito. Estaba tan avergonzado de algunos de los tipos de la Patagonia que venían de Berkshire porque hacen que uno piense en los cerdos de Berkshire”, dice Radburne tras describir las cacerías de indios en Springhill (33). Aunque participó en ellas, no entrega detalles cruentos, salvo cuando relata lo que hacían terceros, lejos, al parecer, de su vista. Describe a Hyslop, a quien presenta como un inglés orgulloso de sus crímenes pero piadoso en las ocasiones en que no estaban “los jefes” (los hermanos Wales, y el propio Blain, de acuerdo con Blain.) “Más tarde el gobierno chileno interfirió con la matanza de los nativos, pero ya era demasiado tarde”, agrega, y no se equivoca: “Algunos de los jefes de cuadrilla y estancieros fueron llevados a Punta Arenas para ser juzgados, pero fueron inmediatamente liberados bajo fuertes fianzas. Jimmy nunca oyó que alguno de ellos tuviera problemas con el gobierno por matar indios”. Después de esa “interferencia de Punta Arenas”, concluye, “los indios no volvieron a ser cazados y muertos tan abiertamente. Si los encontraban matando ovejas o cortando alambrados, eran enviados a Punta Arenas para ser juzgados” (54). En los más de cinco mil juicios conservados en el Archivo Nacional, sin embargo, solo hemos encontrado una denuncia contra selknam por robo de ovejas en el norte de la isla. No se verificaron detenciones. Es curioso que Radburne haya escuchado al respecto: cuando se cerró el caso, en 1904, ya había sido condenado por una estafa por el mismo juez de Punta Arenas, y se había fugado de la cárcel. La versión de este hecho que entrega (127-151) coincide con la que figura en el proceso contra el joven guardia cárcel que no pudo impedir el escape (Concha)<sup>13</sup>. El *Jimmy* se convierte en el outlaw del título del libro de Childs, un hombre por fuera de la ley, en efecto; en un “bandido”, según la traducción de Pisano (1997); en un “fugitivo”, en la de Canclini (2000). En realidad se hará tehuelche, en la estepa de Santa Cruz. Casado con india se establecieron en un rincón de la cordillera, sobre la delimitación internacional y en plena vida fronteriza, lejos de las policías escasas de Argentina y Chile<sup>14</sup>. Hablando castellano, algo de tehuelche y algo de inglés crecieron sus hijos.

---

<sup>13</sup> En este proceso el prófugo fue individualizado como Santiago Radbourne. No hemos logrado encontrar el juicio que terminó con su condena un par de meses antes.

<sup>14</sup> Sobre la tardía clausura del espacio de frontera austral ver Harambour, “Monopolizar la violencia”.

## MEMORIA, VERACIDAD Y LUGAR

- Pero decime: ¿vos creés lo que te cuento o no?
- Yo anoto. Creer o no creer no es lo importante ahora –sugerí.
- Claro –dijo él-, a vos lo único que te calienta es anotar.
- Sí –reconocí–, anotar y saber.
- Fechas, cuentos, caras y voces y nombres de los que se fueron: todo se olvida. Nada se puede saber bien. Saber, abajo, apenas se sabía lo que cada uno debía hacer. Y eso era por las órdenes, porque estaban los Reyes dando órdenes y casi todos las cumplían, y porque estaban los segundos como García, Rubione y Pipo que si no se cumplían las órdenes se lo avisaban a los Reyes.
- ¿Querés decir que la memoria depende de los que mandan, o de lo que te mandan los que te mandan?
- Sí, ahí era así.
- ¿Y aquí? –le pregunté.

Fogwill, 1982.

En la consolidación del Imperio Británico los niños del campo escocés, como Blain, y del inglés, como Radburne, eran lanzados tempranamente al trabajo precario. La expansión del latifundio enviaba a los jóvenes a la minería o al trabajo industrial en las ciudades o a la ampliación del horizonte colonial. La saturación ovina en Malvinas se tradujo en la apertura comercial de la Patagonia, primero, y junto a las ovejas fue Blain, como ovejero, a levantar una estancia; luego, cuando se inició la ocupación de la Tierra del Fuego, Blain acompañó a los animales, ahora como subadministrador en la construcción de una gran estancia, bajo las órdenes de un galés y con autoridad sobre los demás trabajadores, británicos casi todos. Entre ellos, Radburne, aprendiz de ovejero y cazador de indios. Ambos fueron productores de la soberanía ovina, de la suplantación de una sociedad por otra (Day) y de la mercancía sobre la autarquía. En la consolidación del Imperio Británico, cuando Argentina y Chile se establezcan sobre Tierra del Fuego, los selknam serán exterminados; los sobrevivientes deportados morirán, casi todos, en las misiones de Dawson y La Candelaria, emplazada en una estancia de la costa atlántica. Radburne y Blain protagonizaron esta victoria absoluta de “la civilización” sobre “la barbarie”.

Al narrar, por escrito en Escocia y oralmente en el lago San Martín, sus memorias de la Tierra del Fuego, ambos habían cerrado un ciclo colonial. Blain retornó a casa en 1898 habiendo cumplido la expectativa declarada dos décadas antes, cuando partió de

su pueblo: “ahorrar suficiente dinero como para escudarme de la pobreza”. Radburne, en cambio, parte como ovejero empleado y termina como ovejero independiente, con tierras y una gran familia, en un área marginal de colonización. En las cuatro décadas que median entre su arribo y su muerte se habrá apartado de las redes coloniales británicas (llegará a negar que lo es) para hacerse parte de la movilidad tehuelche en extinción, como un hombre de frontera, “fuera de la ley”. Su testimonio se articula desde el mestizaje: el inglés y la tehuelche hija de italiano tendrán hijos argentinos, que algo hablarán tres idiomas. Blain, en cambio, nunca aprendió el castellano; su hijo nacerá cerca de donde él mismo había nacido.

Ambas narraciones son veraces, pues las memorias son la articulación de las experiencias y las representaciones de los sujetos. Si cada una por separado expresa el “caso” (en el sentido de microhistoria) de su protagonista, las dos juntas, con sus similitudes y con sus diferencias, expresan una respuesta más general a preguntas más amplias sobre colonización, imperio y formación de Estado. El ovejero muestra el cierre exitoso de un proyecto, y el fuera de la ley es parte del desarraigo, que es su contracara<sup>15</sup>. Las trayectorias comunes se cruzan en el genocidio; si sobre ello se habla distinto, es porque han seguido trayectorias distintas.

El registro escrito de ambas memorias es también distinto. La entrevista de Childs a Radburne no es cualquiera: ha viajado con su esposa hasta una frontera legendaria para encontrarse con un mito. Childs admiraba a Robert Barrett. Al morir, dejó inacabado un manuscrito con su biografía, y su viuda entregó los documentos a los National Anthropological Archives (Smithsonian). El viaje hasta la Patagonia, la larga permanencia con el entrevistado, el formato del libro, la presencia del protagonista, todo tiene como modelo *A Yankee in Patagonia* y versa sobre el *Jimmy* del que Childs ha leído y su esposa escuchado de las palabras de El Chace expresadas en las letras de Barrett. Su propio conocimiento de Patagonia es escaso, y *lo único que lo calienta es anotar*, “anotar y saber”; porque “creer o no no es lo importante”, y el libro es autoría también del personaje que cuenta una historia en la que es protagonista. Entrevistador y entrevistado hablarán sobre él, distinguiendo sus voces. Es tanto una biografía como una autobiografía. En el caso de Blain, “la memoria depende de los que mandan” porque Blain era uno de los que mandaban y compartió un circuito con la mayoría de los inmigrantes británicos a Malvinas. Algunos lograron acumular lo suficiente como para convertirse en estancieros, allí o en Patagonia, sobre todo quienes

---

<sup>15</sup> Julio Pinto ha planteado que la experiencia de la modernidad en el largo siglo XIX latinoamericano es doble, y resulta de la expansión de Estado y mercado, caracterizada como proyecto desde las elites y experimentada como desarraigo por los sectores populares. En los territorios de colonización la relación proyecto-desarraigo fue más radical, veloz y destructiva que en las áreas de dominio tradicional de los Estados.

habían realizado la acumulación en las islas. La mayoría consiguió ahorrar y retornar a Gran Bretaña para casarse con una británica, en una posición muy poco probable de alcanzar sin haber trabajado en las colonias. Sólo uno de los británicos, hasta donde sabemos, compartió el camino final tehuelche de la pampa a la cordillera.

Uno y otro testimonio son así distinta literatura de viajes, porque expresan la memoria de viajes distintos: uno circular y otro solo de ida. No son dos miradas desde el mundo “popular” (diverso y cambiante) y sobre la vida peonal, asalariada: son registros contradictorios de la construcción de la soberanía, es decir, de la expansión de las ovejas o, lo que es lo mismo en la Tierra del Fuego, del genocidio.

## BIBLIOGRAFÍA

- Adhikari, Mohamed. “‘We are determined to exterminate them’: the genocidal impetus behind commercial stock farmer invasions of hunter-gatherer territories”. *Genocide on settler frontiers. When hunter-gatherers and commercial stock farmers clash*. Ed. Mohamed Adhikari. London: Berghan Books, 2015.
- Barret, Robert y Katherine. *A Yankee in Patagonia: Edward Chace, his thirty years there 1898-1928*. Cambridge: V. Reffer and Sons, 1931.
- Berbohm, Julius. *Wanderings in Patagonia or Life among the ostrich-hunters*. London: Chatto an Windus, 1881.
- Braun, Mauricio. *Mauricio Braun. Memorias de una Vida Colmada*. Explicación preliminar, notas y epílogo de Armando Braun Menéndez. Buenos Aires: Autoedición, 1985.
- “Contra Miguel Concha, por fuga de reo. 1901”. Caja 153, Exp. 3. Fondo Judicial de Punta Arenas-Archivo Histórico Nacional.
- Day, David. *Conquista: Una Nueva Historia del mundo moderno*. Barcelona: Crítica, 2006.
- Díaz Eterovic, Ramón. *Correr tras el viento*. Santiago: LOM, 2009.
- Dixie, Florence. *Across Patagonia*. London: Ricgard Bentley & Son, 1880.
- Elkins, Caroline y Susan Pedersen. *Settler colonialism in the Twentieth century: projects, practices, legacies*. New York: Routledge, 2005.
- Fogwill, Rodolfo. *Los pichiciegos*. Buenos Aires: Interzona, 2006.
- Harambour, Alberto. “Monopolizar la violencia en una frontera colonial. Policías y militares en Patagonia austral (Argentina y Chile, 1870-1930)”. Quinto Sol. *Revista de Historia Regional (en prensa)*.
- . “Capturar el viento. Nómades e inmigrantes en los archivos estatales y empresariales (Patagonia, Argentina y Chile 1840-1920)”. *Nuevo Mundo, Nuevos Mundos* (2015): 1-10.
- . “Borderland Sovereignties. Postcolonial Colonialism and State Making in Patagonia. Argentina and Chile, 1840s-1922”. Tesis doctoral. Stony Brook: State University of New York at Stony Brook, 2012.

- Mackintosh, Fiona. "Travellers' tropes: Lady Florence Dixie and the penetration of Patagonia". *Patagonia: myths and realities*. Eds. Fernanda Peñaloza, Jason Wilson y Claudio Canaparo. Bern: Peter Lang, 2010.
- Martinic, Mateo. "Diario de vida de William Blain. Ovejero en Tierra del Fuego (1891-1898)". *Magallania* 37.1 (2009): 199-222.
- Morales, Leonidas. "Memoria y géneros autobiográficos". *Anales de Literatura Chilena* 19 (2013): 13-24.
- Morrison, Arnol. "The Journal of William Blain, Shepherd in Tierra del Fuego, 1891 – 1898", c.1900. *Scots in Argentina*. Web. 20 Oct. 2015.
- Musters, George Ch. *At home with the Patagonians. A year wanderings over untrodden Ground from the Straits of Magellan to the Rio Negro*. London: John Murray, 1871.
- Navarro, Lautaro. *Censo Jeneral de Poblacion i Edificacion, Ganaderia i Minería del Territorio de Magallanes, Republica de Chile, levantado por acuerdo de la Comision de Alcaldes el dia 8 de Setiembre de 1906. Pasado i presente del Territorio de Magallanes*. Punta Arenas: Talleres de la Imprenta El Magallanes, 1907-1908.
- Veracini, Lorenzo. *Settler colonialism, a theoretical overview*. London: Palgrave Macmillan, 2010.
- Nouzeilles, Gabriella. "Desert dreams: nomadic tourist and cultural discontents". *Images of power. Iconography, culture and the state in Latin America*. Eds. Jens Adermann and William Rowe. Berghahn. London, 2004.
- Peñaloza, Fernanda. "Appropriating the 'Unattainable': The British Travel Experience in Patagonia". *Informal Empire in Latin America: Culture, Commerce and Capital*. Ed. Matthew Brown. Malden: Blackwell, 2008.
- . "A Sublime Journey to the Barren Plains: Lady Florence Dixie's Across Patagonia (1880)" *Limina: A Journal of Historical and Cultural Studies* 10 (2004): 81-97.
- Pinto, Julio. "De proyectos y desarraigos: la sociedad latinoamericana frente a la experiencia de la modernidad (1870-1914)." *Contribuciones Científicas y Tecnológicas* 130 (2002): 95-113.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial eyes: travel writing and acculturation*. London: Routledge, 1992.
- "Sumario sobre vejámenes inferidos a indígenas de Tierra del Fuego". 2 de diciembre de 1895. Punta Arenas, Legajo 75, Exp. 112. *Fondo Judicial de Punta Arenas-Archivo Histórico Nacional*.
- Viñas, David. *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 3ª ed. 2003.

**CENSO JENERAL**  
DE  
**POBLACION I EDIFICACION, INDUSTRIA, GANADERIA  
I MINERIA**  
DEL  
**TERRITORIO DE MAGALLANES**  
República de Chile

LEVANTADO POR ACUERDO DE LA COMISION DE ALCALDES  
el día 8 de Setiembre de 1906

---

**PASADO I PRESENTE DEL TERRITORIO DE MAGALLANES**

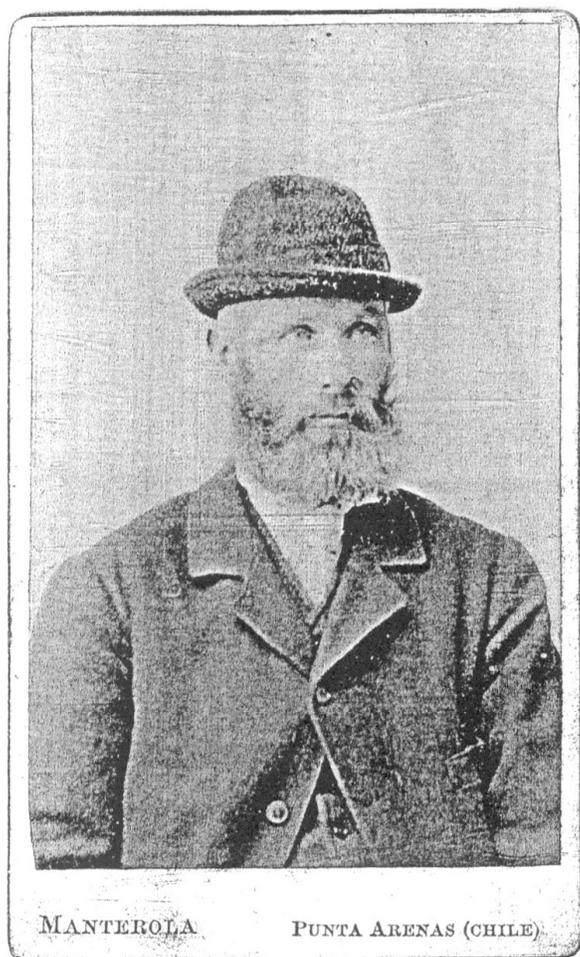
---

POR  
**Lautaro Navarro Avaria**  
MÉDICO DE CIUDAD  
DIRECTOR DE LA OFICINA DEL CENSO



**PUNTA ARENAS**  
**TALLERES DE LA IMPRENTA DE "EL MAGALLANES"**  
CALLE ROCA  
—  
1907

Portada de la primera edición del *Censo Jeneral del territorio de Magallanes* de 1906, publicado en 1907.



MANTEROLA

PUNTA ARENAS (CHILE)

Retrato de William Blain. Punta Arenas, década de 1890.  
Tomado de "The Scots in Argentina", <http://myweb.tiscali.co.uk/scotsinargpat/blain.html>